

Documento 11: «Estudio de un caso»



Familia con drogadicto

El bien común de una familia nunca puede pasar por el mal de nadie.

¿Podremos resolver el conflicto?

Esta actividad se puede realizar de dos maneras: utilizándola con el grupo de padres que se preparan para ser evangelizadores de su propia familia. O para realizar en una familia, aunque tengan hijos pequeños y aunque no tengan planteado en la propia familia el problema de la drogadicción de un hijo.

La educación del sentido moral, la educación en el amor cristiano, muchas veces se clarifica, se aterriza en la realidad y se operativiza, escuchándose unos a otros en la discusión de un caso parecido a éste.

Permite a los componentes de la familia escucharse, percibir la sensibilidad de los otros, que se tengan en cuenta valoraciones que son muy razonables pero muy poco cristianas, y otras muy cristianas pero que desafían tanto a la familia que puede provocar más la defensiva que la adhesión.

Entre poner o no poner límites al amor, atender a las necesidades de un enfermo drogadicto y la imperiosa necesidad de defender a una familia de ser destruida por la drogadicción de uno de sus componentes, la opción nunca resulta fácil. Pero siempre cada uno tiene algo que decir: la ética cristiana también.

Andrés: 24 años.

Ni mejor ni peor que sus tres hermanas (dos mayores que él).

De físico guapo y atractivo: con éxito y llamando la atención.

Hasta la entrada en la universidad, nada destacable: éxitos y fracasos escolares; aprobaciones y reprobaciones familiares; cercanía y peleas con sus hermanas; ilusión y desilusión respecto a su futuro.

Entrada en la universidad: inestabilidad desde el primer año: cambios continuos, siempre devaluando sus objetivos: cada vez iba contentándose con menos. El último objetivo: se consideraba afortunado con un contrato eventual de repartidor de propaganda.

Polarización progresiva por un grupito que consume drogas: al principio, encuentros ocasionales; después, reencuentro recurrente; el paso siguiente, implicación en el consumo de droga; y el siguiente, metido en la red de distribución.

Simultáneamente, cuatro problemas paralelos: cerrazón en la comunicación con sus padres; robos progresivos, siempre camuflados, de cosas rentables y hasta relativamente valiosas, pero ocultas (que se tardaba bastante tiempo en echarlas en falta); incluso el chantaje a la abuela a quien adora y a quien roba; ninguna responsabilidad en el trabajo: fallos a los horarios y abandonos de tareas indispensable; y, por fin, la mentira como su lenguaje normal.

Doble postura por parte de los padres (los dos licenciados y en ejercicio de su profesión).

El padre: controles y exigencia de resultados objetivos, previo compromiso con su hijo: y cumplir las sanciones aceptadas (y si no cumple, nada de dinero, nada de ayuda, fuera de casa...).

La madre: siempre el volver a empezar (si él no cumple, comprenderlo, dar una nueva oportunidad, como si no hubiese existido el compromiso ni el fallo anterior).

Por presión de los padres él se dirige a un psiquiatra y a un cura amigo:

El psiquiatra: análisis del nivel de intoxicación y ayuda en los procesos de desintoxicación. Intento de terapia familiar, con anuencia de la madre y las hermanas y reticencias del padre.

El cura: brindarle un talante comprensivo: sacarle de algunos apuros de dinero (hasta que el psiquiatra se lo prohibió); y relación sumergida con los padres.

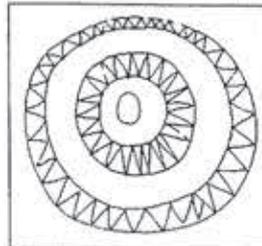
Ninguna mejora efectiva: sólo promesas sucesivas, siempre incumplidas, ni a niveles mínimos.

El padre, en su intento de que se enrolase en un trabajo, logró que le embarcasen como camarero en un mercante: para vivir seis meses alejado de los escenarios. El se había comprometido, pero a última hora logró Andrés que fuese imposible por no haber cumplido a tiempo con los trámites indispensables.

Después de tres expulsiones del recinto familiar (con sus readmisiones) se le exige que se someta al proyecto-hombre: paga el tributo, al principio con bastante entrega, pero habiéndose comprometido para seis meses, a los cuatro dice que ya no sigue, que se le hace inaguantable y ... lo deja.

Y ahora ¿qué?

ACTIVIDADES



1. Evacuación espontánea de sentimientos ante el caso.
2. Preguntas indispensables para comprender mejor el caso.
3. Enumeración de los problemas que aparecen o que se adivinan.
4. Cuál parece el problema generador de todos los demás.

5. Qué criterios hay que emplear y que valores hay que priorizar.

6. Respuesta a la última pregunta del caso ¿qué? ¿quién? ¿cómo?

7. Es cierto que cuando uno enferma en la familia toda la familia enferma. Y cuando la enfermedad de uno devora la vida de la familia: ¿habrá que ponerle límites? ¿Cómo se ama en estas circunstancias y cómo se toman decisiones?



Documento 13: «Las personas»



Los padres que deciden que sus hijos se bauticen se convierten en evangelizadores de sus propios hijos.

Hay algunos padres preocupados: pero sin un paso firme al frente: el de un proyecto eficaz.

Hay algunos padres desorientados: muchas veces sólo protestan contra los que, según ellos desorientan: sin un paso al frente que es el de la aclaración personal.

Hay algunos padres críticos: de cualquier proyecto presentado, sin el paso al frente de presentar otro proyecto alternativo mejor y posible.

Hay algunos padres que dimiten: exigiendo ser suplidos en su tarea evangelizadora por los colegios, catequistas, instituciones parroquiales, sin el paso al frente de responsabilizarse hasta el final del propio cristianismo y del bautismo que decidieron para sus hijos.

Hay algunos padres cobardes: manteniendo las apariencias de pertenecer al cristianismo, pero no por convicción sino por inercia: sin el paso al frente de comprometer su vida con el cristianismo o de desligarse clara y definitivamente del mismo (lo que sería mucho más leal por su parte y más beneficioso para ellos, para sus hijos y para el cristianismo).

Hay algunos padres en crisis ideológica: al asistir a una revolución de valores, de maneras de sistematizar la teología, de maneras de entender las Escrituras, de nuevos presupuestos a tener en cuenta en las decisiones morales.

Sin el paso al frente de renovar y reciclar una formación en la fe que abandonaron muy probablemente al marcharse del colegio.

Hay algunos padres que se resisten al cambio: o por no quererlo, o por no querer el ritmo de ese mismo cambio: sin el paso al frente de abrirse a la realidad histórica de una Iglesia viva, cambiante y movida por el Espíritu de Dios.

Hay algunos padres que han tomado conciencia del problema: y saben que su propio cristianismo es la evangelización de sus propios hijos.

Estos son los que acometen la tarea de informarse sobre los contenidos del cristianismo, sobre la psicología evolutiva de los niños, sobre el influjo de los medios de comunicación social en la descristianización masiva del ambiente, sobre lo imprescindible de la pertenencia a una comunidad cristiana para el aprendizaje de lo que es la experiencia sustancial del ser y sentirse

cristiano.

Y, hasta aquí he brindado, en una enumeración meramente descriptiva y, por supuesto, ni exhaustiva ni mucho menos valorativa, los tipos de padres que he tenido la ocasión de conocer en mi ya un tanto larga experiencia de hablar con ellos sobre la educación cristiana de sus hijos.

Dando un paso un poquito más arriesgado, a mí los padres que me preocupan son los de la siguiente enumeración, también mucho más descriptiva que valorativa: y, por ser desde el miedo, desde una clave negativa.

Los padres ignorantes: los que no saben. Los que no están al día ni en el cultivo personal de su fe, ni en lo que hoy día se está pensando y profundizando tanto en la comprensión del mensaje evangélico como en la concepción de la tarea evangelizadora.

Y también son ignorantes los que sólo leen lo que les va, los escritos tendenciosos en una sola orientación ...

Y, por supuesto, la ignorancia más grave es la de los que no saben qué es un niño, los que ignoran los momentos evolutivos de su proceso de crecimiento.

Los padres inmaduros afectivamente: los que viven zarandeados por sus sentimientos: inestables, desequilibrados, en permanente sobresalto ...

Los que no disponen de sus sentimientos, sino que sus sentimientos disponen de ellos. Los que se proyectan en su tarea evangelizadora como una compensación a todos sus problemas e inestabilidades personales.

Tanto es esto más peligroso cuanto que los niños son más receptivos y tienen, espontáneamente, menos defensas (frente a la posesividad, frente al sadismo... ¡cuántas educaciones religiosas por el sufrimiento y para el sufrimiento son sólo compensaciones desgraciadas de personas que nunca aprendieron a ser felices!).

Los padres ansiosos: los angustiados, que nunca han tenido una experiencia continuada de eso que se llama la paz interior, la serenidad al conocer con claridad lo que se cree y por lo que se vive.

Los padres que conciben la religión como un seguro para la vida futura: pagando aquí puntualmente la prima de los cumplimientos que aseguran la vida eterna.

El cristianismo, aunque no dé una visión de la vida futura, nos da un sentido para la vida presente. (En lenguaje clásico: lo importante, para un cristiano, no es sólo morir en gracia: para que el cristianismo merezca la pena tiene que ser muy importante vivir en gracia).

Educación religiosa en familia

Los padres que imponen su propia concepción personal del cristianismo: colonizando el cristianismo (su cristianismo) despreciando otras concepciones religiosas o condenándolas: presentando siempre la opinión propia como la opinión de la iglesia, de la única ortodoxia.

Los padres que no viven en su siglo: ni saben reconocer los signos de los tiempos, ni tienen un conocimiento real de lo que es la "vida" de las personas a las que se anuncia el evangelio. Lenguaje, estructuras, presupuestos teológicos y dogmáticos, glosas de la Biblia que tuvieron su momento, pero que hoy ya no lo tienen.

Los padres que tienen miedo: A la niebla (no la hay), al cambio, al ritmo del cambio, a los problemas (ignorándolos, como el avestruz), a las discrepancias de las opiniones de los que, por hipótesis, representan el pensamiento oficial.

Los padres que no han superado la moral de las normas: y no han llegado, todavía, a la moral de las opciones personales.

Los padres que no saben convivir con un niño: no basta conocerlo a nivel de tratado de psicología evolutiva, sino que hay que disfrutar yendo de su mano por la calle y por la vida. Sobre todo, conocer su lenguaje, la expresión verdadera de sus intereses, el ritmo de su aprendizaje a nivel de conocimientos, pero, sobre todo, de sus actitudes nacientes.

Los padres que no intentan ser como Dios: feliz con los niños, que les deja vivir a su ritmo personal, que nunca les agobia, que disfruta con sus hallazgos y también con sus equivocaciones.

¿Quién puede, entonces, educar adecuadamente a los niños en la familia?

Los padres que sean auténticamente cristianos: habiendo comprometido su vida con los valores evangélicos de una manera tan clara, tan pública, tan comprometida, que su vida sea ya un evangelio predicado.

Los padres que pueden crear un clima afectivo: desde el cual el niño pueda comprender la realidad y sus valores.

Los padres que intentan ir saliendo de las limitaciones antes descritas.

Procrear unos hijos supone una decisión muy seria, participada por la pareja y que debe garantizar unos mínimos en la vida futura de esos hijos.

Bautizar a unos hijos supone una decisión muy seria, comprometiéndose a ir madurando el compromiso de los propios hijos con los valores cristianos.

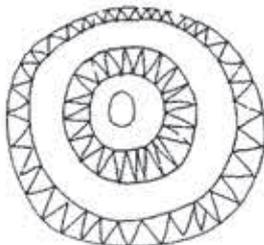
Y esa decisión sólo puede estar respaldada por la vivencia del propio compromiso cristiano de la pareja. Compromiso consciente, madurado, ilustrado, en permanente alimentación y con la preocupación de capacitarse para ayudar a unos niños y adolescentes hacia esa opción verdaderamente fundamental en su vida.

El recinto familiar no basta para la maduración de este proceso: hace falta una comunidad más amplia (por supuesto, comprometida).

Pero sin la vivencia del compromiso cristiano a nivel familiar es prácticamente imposible el logro de una opción decidida por el cristianismo.

No hay hijos más afortunados que los que tienen como evangelizadores a sus propios padres y como primera comunidad cristiana a su propia familia.

Y el plural, en esta ocasión como en todas, es de muy especial importancia.



ACTIVIDADES

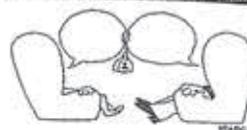
Se trata de darle la vuelta a todo el artículo.

1º Se trata de describir las actitudes de los padres no desde el negativo sino desde el positivo.

2º Y tratando de describir, los aspectos positivos que se elijan, con una descripción de mínimos y de máximos.

3º Y aterrizando en la operatividad: en cada uno de los aspectos seleccionados, proponer dos consecuencias inmediatas pequeñas pero evaluables.

Documento 14: «Oraciones»



Esta actividad sólo vale para padres que tienen fe y se comprometen como creyentes en la celebración de la primera comunión de su hijo.

(Para los que no tienen fe intentaremos ofrecer, en otra ocasión, alguna actividad que les ayude a relacionarse con la experiencia de su hijo cuando va a celebrar su primera comunión).

Este acontecimiento es algo significativo y los sentimientos se expresan en oraciones. En algunas ocasiones unos padres y madres han expresado sus sentimientos con estas oraciones: los padres la rezaban en el ofertorio de la misa y las madres después de la comunión.

Las propongo no para que se recen sino para que se utilicen como plataforma para lograr expresar los sentimientos que la fe inspire a unos padres: y con la incitación a que ambos padres las modifiquen hasta convertirla en su propia oración.

En el día de la Primera Comunión de un hijo

Oración del padre

Señor

que has querido que compartamos contigo el nombre y la tarea de padres de nuestros hijos.

Queremos que el ofertorio de esta misa de hoy adquiera para nosotros un contenido completamente nuevo al ofrendarte la vida entera de estos hijos nuestros que se agrupan en torno a tu altar porque los traemos nosotros y porque los necesitas Tú.

En este ofertorio va el pasado de nuestros hijos, vivido por ellos en una inconsciencia segura y feliz porque estábamos nosotros a su lado para ser su apoyo. Y Tú estabas a nuestro lado desde el momento en que nuestra esposa nos anunció que Tú nos dabas este nuevo hijo hasta que, hace pocos días, nos dijo que nuestro hijo podía hacer ya su primera comunión. Han sido pocos años, pero llenos de alegrías e inquietudes, de enfermedades y de momentos felices.

Recibe, Señor, el pasado de nuestros hijos y acepta nuestro agradecimiento por no habernos abandonado ni un instante en nuestra tarea de protectores y de providencia de su infancia.

En este ofertorio va el presente de nuestros hijos, la alegría del día de su primera comunión. Una alegría contagiosa que a nosotros, sus padres, nos hace abandonar la rutina diaria de nuestras ocupaciones para acordarnos intensamente de esa vida pequeña de nuestros hijos que es la única razón de nuestros afanes.

En este ofertorio va, sobre todo, el futuro de nuestros hijos. Ese gran interrogante, como una enorme página en blanco que está por escribir. Nunca más blanca que hoy. Tenemos ya mucha experiencia y sabemos que los niños son los que peor escriben en una página en blanco porque sus renglones son torcidos y sus letras mal formadas. Y, sin embargo, sus páginas tienen una lectura mucho más sencilla que nuestras complicadas columnas de los libros de contabilidad.

El futuro de nuestros hijos Tú lo conoces, Señor. Con una vocación personal que todavía no podemos adivinar porque prefieres nuestra confianza en Ti, sin cálculos de probabilidades.

Queremos ayudarte, Señor, ayudando a nuestros hijos. Con espíritu sacerdotal te los entregamos hoy de nuevo para que la amistad que hoy anudan contigo garantice su futuro cristiano y de servicio a todos los que necesiten su ayuda.

Señor, que cuando nuestros hijos nos llamen Padre les ayudes a imaginarse un poquito mejor la bondad de ese otro Padre que está en los cielos. AMEN.

Oración de la madre

Señor

en estos momentos inigualables en que nuestra maternidad ha llegado a su plenitud al poderte adorar en esta custodia viva que es el cuerpo de nuestro hijo amasado con nuestra sangre y con tu cariño, queremos orar de la única manera que podemos hacerlo en estos momentos: con mucha sencillez, con mucha verdad y con muchísima emoción.

Gracias, Señor, por haber comprendido que te amamos a Ti en el cariño que les tenemos a ellos. Gracias por hacernos tan fácil y tan sensible el amor a Dios que se realiza en todos los momentos de nuestra vida entregada a nuestros hijos. A veces no nos queda tiempo para ir a la iglesia a estar contigo, pero te dedicamos todos los minutos de nuestra vida porque se los dedicamos a ellos. Y a Ti te resulta muy fácil hacerte presente en la inocencia de los niños.

Hoy caemos en la cuenta de que todo el cariño que nos han tenido ellos hasta ahora nos lo has dado Tú. Y por eso te agradecemos íntimamente tantos besos y caricias como ellos nos han dado y que, realmente, fueron también siempre tuyos.

Gracias por lo que nos has hecho gozar con los ojos de nuestros hijos: por su inocencia, por sus lágrimas de juguete, por su transparencia, por ese imposible tantas veces realizado de los ojos de nuestros hijos llorando y al mismo tiempo sonriéndonos.

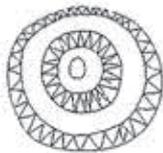
Gracias, Señor, por habernos confiado la delicadísima tarea de enseñarles a rezar, de enseñarles tu nombre y la confianza que deben tener siempre en tu persona. Hoy se corona la primera fase de ese aprendizaje, porque ya saben que Tú eres su amigo. Que algún día comprendan también que Tú eres su Salvador y su premio definitivo en el cielo.

Señor, Tú que dijiste que no dejarías sin recompensa un vaso de agua dado a un pequeñuelo. Desde antes de su nacimiento te los hemos alimentado con vuestra sangre y hemos sido la providencia para sus primeras inquietudes todavía angelicales.

No siempre sabemos repetir tu sabiduría y no siempre tenemos en nuestra mano la omnipotencia que necesitaríamos para evitarles los sabores y los sufrimientos en sus enfermedades. Pero sí podemos repetir y poner a su alcance tu amor a las criaturas. Y hoy queremos decirles con nuestro amor que Tú eres amor y con nuestro perdón que Tú eres comprensión.

No sabemos, Señor, el futuro de nuestros hijos. Nos basta que lo sepas Tú. Hoy has tomado posesión de sus cuerpos que son tan nuestros. Te confiamos su marcha por la vida. Y como recuerdo de este momento tan profundamente feliz para nosotros, para ellos y para Ti, te pedimos que podamos experimentar muchas veces esta felicidad de comulgar juntos, latiendo muy cerca nuestros corazones y teniéndote a Ti siempre muy dentro de nuestras vidas. AMEN.

— ACTIVIDADES —



1. Lectura de ambas oraciones en el grupo y hacer los primeros comentarios.

2. En la propia casa que cada pareja modifique las oraciones hasta convertirlas en formulaciones

sinceras de sus sentimientos.

3. En el grupo debatir si sería bueno mantener las oraciones diferenciadas (padres y madres) o intentar una formulación nueva en la que padres y madres juntos rezasen por sus hijos en la misa de su primera comunión.